

« es mas dichoso en su decadencia que yo en mi poderío; ¡ cuánto daría yo por tener un capitán como ese en mi imperio! »

XXIX

Constantino y Justiniani emplearon el resto de la noche en cubrir con sus últimos combatientes el pie de las murallas, la almenada cúspide de las torres y el declive de las brechas. Cada uno de esos puestos tenía bajo su mando general, un jefe especial responsable del trecho que defendían sus soldados. El cardenal ruso Isidoro tenía á su cargo la puerta del anfiteatro de los Lercos; Minotto, el enviado de Venecia, el recinto exterior del palacio de Blakernes; Lucas Notaras el gran almirante, las murallas que dan al puerto; Gabriel Trevisani, la de la Acrópolis que da al Cuerno de Oro; el florentino Juliani el palacio de las Siete Torres ó de Bucolion, y un solo oficial griego, Teófilo Paleólogo, tan célebre por sus escritos como por su valor, mandaba una de las divisiones del recinto contiguo á la puerta San Roman. Su hermano, Demetrio Paleólogo, de la familia im-

perial, se hallaba á la cabeza de una reserva movilizada y escogida para poder volar al socorro de los puntos forzados ó diezmados durante el asalto. El total de todos aquellos combatientes no pasaba de nueve mil hombres, entre los que habían alistado algunos miles de frailes mas aptos para la superstición que para el servicio de las armas. La estatua de la Virgen Hodegetria, que ellos colocaron sobre el pedestal de una estatua caída de Minerva-Embasia, era á sus ojos, como á los del pueblo, alimentado de ideas sobrenaturales, el verdadero *palladium* de la patria. Constantino no era para ellos mas que un soldado que buscaba la salvación de su pueblo en un valor inútil, y los verdaderos soldados de Constantinopla eran los santos y santas de sus claustros, protectores de la iglesia ortodoxa. Dominados por estos sentimientos predicaban al pueblo mil fábulas absurdas para quitarle todo interés en la causa de su salvación propia.

« Los turcos, decían, forzarán mañana la puerta
« San Roman á pesar de los esfuerzos del emperador y de sus espartanos; penetrarán hasta la plaza del Hipódromo, el corazón de la capital; pero
« al llegar allí un ángel bajará de las nubes que entregará la espada de esterminio á un anciano sentado al pie de la columna, mandándole que arroje

« á los turcos de la ciudad, de la Europa y aun del
« Asia, hasta las fronteras de la Persia; y Constanti-
« nopla será otra vez, reina del mundo. »

« El pueblo, dice el historiador contemporáneo
« Franzes en sus Memorias, se hallaba tan poseido de
« ideas sobrenaturales y de teología, que si en efecto
« se le hubiera aparecido un ángel ofreciéndole liber-
« tarle de los turcos bajo la condicion de que se re-
« conciliara con los ritos de la Iglesia latina, el pue-
« blo ántes que salvarse á tanta costa habria preferido
« su pérdida. »

XXX

El fanatismo de los griegos era tan afeminado como sus almas, y el de los otomanos era tan viril como sus brazos. Mahomet II andaba tan desvelado como Constantino; pero cuatrocientos mil hombres se reunian á su voz contra aquel puñado de soldados abandonados á sí mismos, en medio de una capital ingrata.

La aurora del 29 de mayo encontró á sus cuatrocientos mil hombres formados en orden de batalla al

mando de sus bajás ó de sus emires. Mahomet, obrando como un general muy entendido, no habia entregado al acaso y al movimiento desordenado de un primer arranque, mas que á los doscientos mil voluntarios indisciplinados de turcos asiáticos ó europeos que á las órdenes de sus dervis ó de sus scheiks ingresaron en aquella cruzada religiosa contra los cristianos. Habíalos acumulado como un vil rebaño, abandonándolos á su ardor y á su fanatismo entre la ciudad y el campo, al alcance del cañon de los bastiones, para cansar al corto número de defensores de la ciudad ántes de la lucha y para cegar los fosos con sus cadáveres. En cuanto á sus tropas disciplinadas y aguerridas, formó con ellas cuatro columnas compactas, distribuidas á cierta distancia de las murallas por la llanura de Tracia en la direccion de sus puertas que debian atacar cada una de aquellas columnas. La primera de cien mil hombres, estaba cerca de la mar, enfrente de la puerta dorada; la segunda de cincuenta mil, en la hondonada del valle por donde serpentea el Syndacus, enfrente del fondo del puerto y del palacio de Blakernes; la tercera en el centro, un poco á retaguardia de las otras dos, para que en caso necesario pudiera enviarlas refuerzos y ánimo, y por último, en el corazon y al frente de aquellos doscientos cincuenta mil

hombres, estaba él con sus veinte mil genízaros esperando el momento de dar el golpe decisivo en el punto en que la fortuna del combate le abriera la primera brecha.

Montado en un caballo turcomano que recordaba á los turcos su patria primitiva, y que les infundía el orgullo de todos los pasos que habian dado de sus desiertos al Asia y á la Europa, Mahomet pasaba despacio delante de su ejército arengando á sus batallones y á sus escuadrones, á cada uno en su lengua y con una elocuencia rápida y viril, al grito unánime de *¡Dios es Dios!* Las trompetas de Europa y los roncocos tambores de la Tartaria iban á dar despues de esta revista la señal del asalto; Mahomet se volvió al paso á su tienda en medio de sus genízaros.

XXXI

Mientras tomaba el sultan estas disposiciones, el infortunado Constantino que habia pasado una parte de la noche preparando su puñado de combatientes sobre las murallas, y arengando vanamente á su pueblo para comunicarle su propio heroismo, se dispo-

nia tambien, no al triunfo, sino á la muerte. Soldado de su Dios, tanto como de su patria, á pesar de la indiferencia de que le culpaban los griegos supersticiosos, gracias á sus contiendas teológicas que eran la pérdida y la vergüenza de su imperio. Constantino se dirigió con todos los grandes de su córte á la iglesia de Santa Sofía, para ofrecer allí el homenaje de su vida y para sacar de la religion de sus padres el valor y quizás la dicha de salvar sus altares. El emperador asistió á un corto sacrificio, como habria asistido á sus propios funerales; recibió la comunión de manos del patriarca, y se confesó públicamente y llorando de sus pecados, para ofrecer al cielo una víctima pura; el pueblo enternecido respondió á esta confesion con sollozos que le presagiaron el perdon de Dios comprado por medio de su sangre que en breve iba á derramar por su causa.

Despues de esta estacion suprema en Santa Sofía, Constantino se volvió un momento al palacio de Blakernes para despedirse de los lugares del imperio y de su familia. En una arenga digna de la categoría, de la hora, de la triste grandeza de las circunstancias, pronunció, dice uno de los auditores, la oración fúnebre del imperio griego, y luego pidiendo perdon humildemente de sus repentes de cólera ó de sus descuidos, á sus grandes oficiales y á los últimos de sus

criados, vertió y arrancó lágrimas á todo el palacio. En seguida montó á caballo con el uniforme de simple soldado, sin conservar de su traje de emperador mas que los borceguies bordados con un águila de oro pequeña y el manto de púrpura abrochado sobre su hombro izquierdo, y salió por última vez para ir á combatir en primera línea.

XXXII

Mahomet II por su parte, para escitar á la vez todas las pasiones de la guerra en el alma de sus tropas, acababa de prometer á sus soldados, como Amurat bajo los muros de Tesalónica, la ciudad entera de despojos y sus habitantes como esclavos.

« La ciudad para mí, decia su proclama al ejército, pero os abandono los cautivos y el botin, los metales preciosos y las mujeres bellas; sed ricos y dichosos. Las provincias de mi imperio son muchas, y el soldado intrépido que primero suba sobre las murallas de Constantinopla será gobernador de las mas hermosas y opulentas, y tan grande

« será mi gratitud, que obtendrá mas riquezas y honores que ha podido soñar en toda su vida. »

Despues de la lectura de esta proclama se oyó en los cuatro ejércitos un estremecimiento de impaciencia parecido al latido del corazon de cuatrocientos mil hombres ante los cuales ponen de manifesto la presa que ellos ansian devorar. En cuanto el sol hizo brillar las nieves del Olimpo mas allá de Brusa, Mahomet abandonó en fin á su ardor las masas indisciplinadas que formaban su inmensa vanguardia, que se precipitaron á los gritos de *Allah* sobre el borde exterior del foso ancho de cien piés en toda la estension de aquella línea fortificada de seis mil pasos que les ocultaba la ciudad. Las piedras, la tierra, los haces de leña que aquellos doscientos mil hombres arrojaban al foso no bastaban para cegarle. Los cañones y los tiradores de Constantino, guarecidos detrás de las almenas que aun quedaban en pié, ó detrás de las fortificaciones elevadas durante la noche, dejaron tendidos muchos miles de turcos al otro lado del foso exterior; pero la nube de flechas que despedian los arcos tártaros y el humo de los cañones de los griegos que el viento de la mar bajaba sobre los combatientes, llegaron á formar en breve una oscuridad tan grande entre las fortificaciones y la llanura, que los artilleros y los arqueros de Constantino,

solo por el ruido podian apuntar contra aquellas masas invisibles de agresores. En vano las balas y la metralla hacian destrozos á las orillas del foso; aquellas masas impelidas por su propio peso, se precipitaban solas en las ondas, y formaban ante la puerta San Roman, que era el centro principal del asalto, una calzada de cadáveres que debia servir de camino á los que venian detrás de ellos.

Despues de este sacrificio de la escoria del ejército que arrojaron así á la muerte para asegurar la victoria, las tres columnas del ejército regular que contaban doscientos setenta mil combatientes se adelantaron al asalto en el mayor silencio. Los brazos y el fuego de los nueve mil soldados de Constantino se hallaban cansados ya despues de una lucha de dos horas; ya no les separaban de los otomanos mas que unos fosos medio cegados de leña, de sacos de arena, de muertos y de murallones que se hundian sobre los ruinosos cimientos. Mahomet II lanzándose alternativamente á la cabeza de sus tres grandes columnas, las señalaba con el ademán la torre derruida de la puerta San Roman como el centro que era preciso atacar para tomar al cabo las murallas. El manto de púrpura de Constantino, que se distinguia por momentos en la cúspide mas opuesta de la ancha brecha, servia de blanco á los otomanos y de bandera á

los espartanos y á los italianos del recinto. Aquel flujo de doscientos mil guerreros que atacaban la base de la muralla al sonido de sus tambores tártaros y al estampido continuo de sus diez y ocho baterías despidiendo la muerte sobre la ciudad desde el puerto inferior hasta las Siete Torres; sus gritos salvajes, sus nubes de dardos, el brillo de sus millares de sables que reflejaban el sol en aquel mar de acero, no quebrantaron el corazón de Constantino, de Justiniani, de los Paleólogos, y de sus intrépidos compañeros. Fuertes en sus murallas, en sus torres, fuertes con su artillería y la desesperacion de sus corazones, rechazan durante tres horas los mil asaltos intentados por aquellas oleadas de hombres, alternativamente sobre toda la linea del continente y del puerto; cincuenta mil otomanos muertos ó heridos rodaron en los fosos ó en la mar. Las balas de Constantino penetrando por aquellas columnas cerradas se llevaban filas enteras de soldados; las piedras, las rocas, las vigas, el fuego grequisco preparado durante la noche detrás de las brechas, destrozaban, quemaban y mutilaban á los que querian escalar los restos de los torreones. Las cabezas de las tres columnas se detuvieron, flotaron y se volvieron un instante hácia el campo de Mahomet. Un largo grito de victoria se elevó del seno de la ciudad, detrás de las

trincheras acompañado de cánticos sagrados. Constantino, Justiniani y los Paleólogos, corriendo de una puerta á otra para reanimar y felicitar á sus soldados, contemplan con un vislumbre de esperanza desde lo alto de las murallas, como cejan y se vuelven los otomanos.

XXXIII

Mahomet II desesperó del éxito de la jornada, y pareció envuelto tambien en el movimiento de retirada. En vano los verdugos del ejército que le rodeaban, castigaban á los cobardes con golpes para que volvieran al combate, pues les era imposible restablecer el orden en aquel tropel de fugitivos. El sultan deliberó un momento consigo mismo sobre si debería abandonar el sitio y contentarse con el tributo que los griegos le ofrecian, pero el aspecto, los gritos, el ardor de los veinte mil genízaros inmóviles hasta entónces en torno de sus tiendas, que deseaban con ansia vengar ellos solos la afrenta del ejército, le decidieron á obstinarse en el asalto. Con el ímpetu de un torbellino se lanzó á su cabeza al centro de

ataque abandonado, enfrente de la puerta de San Roman. La presencia del sultan á caballo blandiendo su maza de armas, la vergüenza de abandonar á su soberano, la reprobacion de los genízarcos contra los cobardes y la voz de los dervises, reunieron las columnas desordenadas que de nuevo marcharon al foso, donde Mahomet precipitaba ya á sus genízaros; Constantino y Justiniani que volvieron á la puerta San Roman al descubrir la presencia del sultan á la cabeza de los otomanos, mandaban y combatian sobre la brecha.

Un dardo que salió del grupo de los genízaros que rodeaban al sultan, atravesó la coraza de Justiniani, y sea que el aspecto de Mahomet que volvía al asalto con aquel océano de hombres hiciera al fin desesperar de la causa de Constantinopla al héroe genovés, sea que buscase un pretexto para abandonar sin desdoro aquella causa abandonada ya de la fortuna, sea en fin que tiene sus límites el valor humano cuando solo le inspira la gloria y no la patria ó la virtud, lo cierto es, que todo el heroismo de Justiniani pareció perderse con la poca sangre que perdía de su herida; bajó de la brecha, y despues que el cirujano del emperador le curó al pié de la muralla interior, pidió que le dejasen retirarse á Gálata, arrabal dentro de Constantinopla que habitaban los genoveses, sus compatriotas.

Sus compañeros de guerra se quedaron atónitos con aquella retirada pusilánime del campo de batalla en lo mas fuerte de la pelea. Constantino que bajó un instante con su general para asistir á la cura, le suplica que no dé el ejemplo del desaliento cuando sus tropas necesitan todo su valor; le representa el terror que su ausencia ó la noticia de su muerte van á esparcir en las filas de sus guerreros, pero nada conmueve al cobarde ó pérfido Justiniani:

« Vuestra herida es muy leve, le dice por último
« Constantino, el peligro es supremo y vuestra retirada es la muerte del imperio; además ¿ por qué
« camino os podeis escapar de una ciudad cercada
« toda por nuestros enemigos?

— « Me escaparé, respondió el herido sin pudor,
« insultando los desastres del héroe á quien abandonaba y mostrando la brecha abierta por el cañon
« turco en el muro interior, me escaparé por el camino que el mismo Dios ha abierto á los turcos. »
Y al decir esto se escapó en efecto corriendo por aquella brecha, atravesó el Cuerno de Oro en una barca y fué á ocultar su vida y su vergüenza dentro de los muros neutros de Gálata.

XXXIV

Aquella fuga fué la derrota de los sitiados; los italianos desalentados por la cobardía de su general, abandonaron al punto una parte de los puestos que les estaban confiados. En vano el infatigable Constantino volvió á subir casi solo sobre las brechas, y las defendió alternativamente con sus espartanos y con los Paleólogos, sus últimos apoyos. Mahomet II viendo las fortificaciones medio desiertas, y prometiendo el gobierno de un reino al primer genízaro que escalase por fin la muralla, introdujo el delirio de la valentía en el alma de sus soldados, que entraron sufriendo el fuego en el foso medio cegado con los cadáveres de sus compañeros. Un genízaro búlgaro de una estatura atlética y de un corazón capaz de animar aquella masa, llamado por unos Hassan de Ulubad, y por otros con un nombre bárbaro de la Europa del Norte, aplicó una escala á la muralla y subiéndose con su escudo que llevaba en una mano, y blandiendo con la otra su largo sable proporcionado á la fuerza de su brazo, sube el primero á lo

alto de la fortificacion, invulnerable á las piedras y al fuego que destrozán ó abrasan detrás de él á diez y ocho de sus compañeros. Mientras se abre puerta solo por el peso de su escudo con la mano izquierda, tiende la derecha á otros doce genizaros que reemplazan en la escala á los muertos, pero alcanzado en fin por una enorme piedra lanzada desde mas arriba por uno de los compañeros de Constantino, rueda al foso, se levanta sobre sus rodillas para volver á subir, y vuelve á caer sin sentido bajo una lluvia de piedras.

Mas entretanto sus doce compañeros, reforzados ya por centenares de genizaros, combaten furiosos sobre la plataforma que Hassan les abriera, ganando de cadáver en cadáver un terreno mas ancho sobre la brecha en donde están ya juntos los griegos y los otomanos. En aquella pelea tumultuosa se pudo ver desde abajo al intrépido Constantino que combatia con el encarnizamiento de un soldado, ora retrocediendo en medio del grupo de sus guerreros de Morea, ora alzando con la mano izquierda su manto de púrpura hácia la ciudad para invocar el socorro de sus últimos amigos. Precipitado por fin del muro exterior hasta el espacio que separaba los dos muros sobre los cadáveres de sus mas fieles oficiales, se despojó de su manto imperial para que una vez recono-

cido su cuerpo no fuese mutilado despues de su muerte, y conservando solo el uniforme y las armas de un simple soldado, combate hasta el último suspiro sobre la brecha de la puerta San Roman á fin de que los turcos no entren en la ciudad imperial sino pasando sobre el cadáver de su emperador.

Abandonado de los suyos, luchando casi solo con un puñado de héroes bajo la puerta, y despues de haber recibido dos heridas una en el rostro de un sablazo, y otra sobre la nuca del filo de una maza de armas, cayó exclamando: «¿No habrá un cristiano que me corte la cabeza y que se la quite á los bárbaros?»

Algunos soldados que huían oyeron estas palabras sin poder prestar este servicio fúnebre á su emperador. Los genizaros engolfados bajo la puerta San Roman, pasaron sin reconocer á Constantino, y su cuerpo quedó cubierto por montones de cadáveres que arrojaron de lo alto de las murallas.

Asi murió el héroe estóico de la muerte que habia elegido y ocultado como para no avergonzar tanto á su imperio, dando satisfaccion oscuramente á su propia gloria. La naturaleza, la patria y la religion parecian haberle reservado para que su heroismo y su virtud sirvieran de eterno contraste y eterno oprobio á la envilecida caducidad de su nacion. La historia

no se ha detenido aun lo bastante en hacer justicia á ese grande hombre, y en testimonio á la verdad, debe elevarle tanto mas en su gloria, quanto mas rebajado y vendido se vió en su fortuna.

XXXV

Con él murió toda la energía de su pueblo y de su ejército. Los turcos inundaron en un momento toda la línea de las murallas, cayeron sobre todas las brechas y penetraron en columnas por todas las puertas. La ciudad era tan grandé y era tan vil la cobarde indiferencia de los griegos por aquellos que combatian sin descanso hacia cincuenta dias para salvarlos, que las primeras columnas de otomanos recorrian y saqueaban ya el hipódromo y el palacio de Blakernes, en tanto que los barrios de la Acrópolis, de Santa Sofía y del mar de Mármara, ignoraban aun la invasion de los turcos y la muerte de Constantino. El ruido de los genizaros que corrian por las calles forzando las puertas; el hierro, el fuego, el asesinato, la violacion de sus hogares, llegaron á anunciarles la catástrofe de su imperio. Aquellos que supieron á tiempo la in-

minencia del peligro mientras ocurría la última pelea sobre las brechas, salieron en tumulto de sus casas, con sus mujeres, sus ancianos, sus vírgenes y sus tesoros y se refugiaron como un vil rebaño, en el inmenso recinto de la iglesia de Santa Sofía con la muchedumbre de sacerdotes, frailes y monjas que huían de sus moradas para abrigarse en aquel santuario que el hábito les habia enseñado á considerar como inviolable. Mas de cien mil personas apiñadas en el templo, en los pórticos, en las galerías superiores y hasta en los techos de la media naranja, se metieron y se fortificaron en aquel edificio inmenso, unas prometiéndose alguna capitulacion de lástima, alguna temporizacion provechosa para sus familias de la ferocidad del vencedor, y la mayor parte esperando con una estúpida credulidad la aparicion del ángel anunciado por los profetas populares para exterminar á los otomanos ántes de que hubiesen atravesado la columna del Hipódromo.

Los hachazos de los turcos que rompian las puertas de bronce de Santa Sofía, les advirtieron demasiado tarde que las naciones no tienen mas murallas que su patriotismo. El aspecto de aquella muchedumbre inofensiva y trémula desarmó á los soldados de Mahomet. Seguros por la proclama de aquella mañana de que sus prisioneros serian legítimamente sus es-

clavos, y enriquecidos en esperanza por los rescates que segun la opulencia de los griegos se prometian habian de ser inmensos, prefirieron la riqueza y la hermosura á la sangre. Ningun asesinato manchó el átrio de Santa Sofia. Los griegos tendieron ellos mismos sus manos á las cadenas de los soldados, y los turcos ataron las manos de los hombres con las cuerdas y las correas de sus caballos, y las de las mujeres con sus cinturones y sus velos. De dos en dos reunieron como á un rebaño que se lleva á los bazares, á los viejos con los niños, los pontífices con los barrenderos del santuario, los senadores con los esclavos, los jóvenes nobles con las santas vírgenes de los monasterios que «nunca habian visto, dice el «historiador Franzes, la luz del cielo sino á través «de la reja de sus claustros, y á quienes la severidad «de las órdenes monásticas no permitia mirar ni «aun á sus padres. Los gritos de las religiosas, que «se enrojecian con la desnudez de su rostro, de los «niños arrancados á sus madres, de las madres separadas de sus hijos, partian los corazones; hasta «los mismos otomanos se enternecian. Sesenta mil «cautivos atados de ese modo, salieron de Santa Sofia, de los monasterios, de los palacios y de las casas de la capital, y atravesaron por última vez las «calles de su villa natal para pasar á bordo de la flota

« de Mahomet II que debia llevarlos en esclavitud á «voluntad de sus poseedores, con destino á todas las «ciudades y á todas las tiendas del Asia.»

XX XVI

El cardenal ruso Isidoro, que habia combatido como un soldado, dejó su capelo de púrpura al lado del cuerpo de un muerto para hacer creer á los turcos que habia perecido en la batalla. Los turcos cortaron la cabeza del cadáver y la pasearon con el capelo, en tanto que el cardenal disfrazado con el traje de un esclavo era vendido á bajo precio á un turco que le llevó para cuidar ganados á Satalia, de donde se escapó para volver á Roma. El saqueo prometido por Mahomet II á sus soldados, duró ocho horas sin agotar ni la avidéz de los soldados, ni las riquezas de Constantinopla acumuladas gracias á un imperio tan prolongado y al comercio de todo el universo. Solo en moneda se calcula que se hallaron cuatro millones de ducados de oro en las casas de los particulares. El oro, la plata, los diamantes, las per-

las, los vasos, jarrones y demás adornos de los palacios ó de los templos representaban un valor incalculable. Estos ricos despojos de los palacios y de las iglesias se hallaban tan envilecidos por su abundancia, que las estátuas rotas, los cuadros, los manuscritos preciosos, los tapices de púrpura, los brocados, los muebles de palo de olor, de marfil ó de nacar, servían de cama á los camellos de los asiáticos. Cien mil volúmenes recogidos desde el tiempo de Constantino en las bibliotecas públicas calentaron los baños de los bárbaros. Sin embargo, los genoveses rescataron de los soldados un corto número de libros que contenían tesoros de filosofía, de poesía y de historia antigua, y los enviaron á Italia donde reanimaron en Venecia y en Florencia la muerta llama de las letras griegas. Del mismo modo destrozaron los cristianos los monumentos é incendiaron las bibliotecas en Alejandría y en Atenas. Los cruzados, tan exterminadores como los otomanos, habían ejercido las mismas violencias contra el espíritu humano en Nicea y en Constantinopla despues del asalto que dieron al pasar contra aquellas capitales cristianas. Al hombre le gusta tanto destruir como fundar, y nunca le parece fundar bien si no lo efectua sobre ruinas.

XXXVII

Mahomet II que debía cumplir su promesa á sus soldados, no quería sin embargo autorizar con su presencia la devastacion de la capital que destinaba al imperio. A la caída de la tarde entró en la ciudad para restablecer el orden á la cabeza de sus visires, de sus príncipes, de sus generales y de sus genízaros.

Aunque acostumbrado á las magnificencias árabes de Brusa, la majestad de los monumentos, de las cúpulas, de los palacios, de los jardines, de las plazas públicas, de los anfiteatros de Constantinopla, le deslumbraron. Aquellas señales de mármol, de bronce y de oro, de los dos imperios mas grandes y de las dos religiones mas pomposas del antiguo mundo, le revelaron grandezas humanas que ni siquiera podía figurarse; solo se creyó emperador de Oriente cuando los piés de su caballo hollaron aquel suelo, donde en efecto todo recordaba el imperio romano. Al pasar por la plaza del Hipódromo, parecida á un salon con pavimento de mármol de un palacio de nacion, cuya

bóveda era el cielo, admiró las obras maestras de escultura que abundan en esa plaza. No insultó á las estatuas de los emperadores sobre sus pedestales ó sobre sus columnas; pero al aspecto del grupo de las *tres serpientes* enroscadas por el estatuario en torno del tronco de una columna y mostrando sus lenguas simbólicas en direccion á tres lados de la plaza, creyó ver en esta representacion enigmática un ídolo adorado por los griegos, y de un golpe que dió con su hacha de armas de mango de oro, cortó la mandíbula á uno de los reptiles.

Para satisfacer el fanatismo de los dervises, y para instalar al Dios de Mahoma en su nueva conquista ántes de instalarse él en el palacio de Constantino, dirigió su caballo á la iglesia de Santa Sofia, esa Kaabas de la religion vencida á los ojos de los otomanos. Sus soldados estaban acabando de saquear el edificio, y como uno de aquellos bárbaros continuase mutilando un mármol precioso del santuario, á pesar de la presencia del sultan, este le dió un hachazo y le dejó tendido á sus piés: «¿No sabes que os he entregado los esclavos y los tesoros, le dijo con calma, pero que los monumentos me pertenecen á mí solo?» Los compañeros llevaron al soldado moribundo fuera del templo.

Mahomet despues de haber admirado la grandeza

del edificio, la elevacion de la cúpula, segundo templo alzado al cielo por las ciento siete columnas de pórfido, de mármol color de rosa ó jaspeado, tomadas de los templos de Egipto, de Baalbek y de Efeso, subió al altar y rezó en él la oracion musulmana como para purificarle para siempre de la idolatría que creian los turcos en el culto de los griegos. Luego mandó que aquel monumento compuesto de restos de tantos otros cultos, pero el mas majestuoso en su barbarie que el cristianismo hubiese construido aun en el mundo, fuese la primera mezquita de los conquistadores en Constantinopla. Los *muezzin* que llaman á los fieles á la oracion desde lo alto de los minaretes, subieron por su orden á lo alto de la media naranja, é hicieron oír por la primera vez en las calles desiertas de la metrópoli del cristianismo en Oriente el canto de «*¡Dios es Dios! Solo Dios es grande; venid á la oracion.*» Echaron abajo las cruces, sacaron del templo las innumerables imágenes de santos y santas, objetos de la veneracion, y aun casi de la adoracion de los griegos, y los arquitectos de Mahomet II principiaron á arrancar en su presencia los mosaicos de vidrios de colores que forman los cuadros de la bóveda.

«Deteneos, les dijo, como si las historias que leia en latin y en persa, le hubiesen inspirado el senti-

« miento de la vicisitud de los imperios; limitaos á
 « cubrir esos mosaicos con una capa de cal para que
 « no escandalicen á los creyentes, pero no arran-
 « queis de la bóveda esas maravillosas incrustacio-
 « nes; ¿quién sabe si un día no las descubrirán en
 « otro cambio de fortuna y de destino que sufra este
 « templo? »

Los italianos y los griegos de la córte de este príncipe que traen estas palabras, añaden que la religion de Mahomet II, alterada en él por una educacion sabia y cosmopolita, profesaba tanto desden por el fanatismo de sus dervises, como por las supersticiones del cristianismo griego.

El iman predicó en el púlpito del patriarca, y celebró la oracion de accion de gracias, el *Te Deum* otomano, sobre aquel mismo altar donde el infortunado Constantino habia visto celebrar por la mañana los misterios de su fé y las exequias de su propia muerte.

Mahomet al salir de Santa Sofia mandó que le llevarán al palacio de Blakernes para instalarse en él con su imperio. La soledad y tristeza de aquel palacio que cambiaba de amo en menos de un día, conmovió y enterneció el alma embriagada, pero meditabunda del conquistador afortunado. El triunfo no le ocultó el luto del palacio; la sombra de Constantino, cuyo paradero era todavía desconocido, llenaba aque-

llos pórticos, aquellos salones y aquel trono vacios. Mahomet II recordó algunos versos persas de un acento melancólico, al aspecto de aquel monumento de las inconstancias de la suerte.

« La araña, murmuró poniendo el pié en el umbral, teje su tela en la morada de los reyes, y el mochuelo nocturno ha entristecido con sus chillidos siniestros las torres de Afraziab. »

Escipion, al entrar en Cartago, habia recitado tambien un dístico de Homero sobre la ruina de Troya. Los poetas son los intérpretes de los héroes.

XXXVIII

Su primer pensamiento al entrar en el palacio de Blakernes, fué el de mandar buscar el cuerpo del infortunado Constantino, cuyo heroismo habia engrandecido á sus ojos su propia gloria. Buscáronle en efecto entre los montones de muertos que obstruian las avenidas de la puerta de San Roman; su cabeza habia sido cortada por los vencedores, y solo pudieron reconocerle en las dos águilas de oro que llevaba bordadas en los borceguies. Dos genizaros se